

Las significaciones del pasado en las corrientes historiográficas argentinas

Mónica Cabrera

Entre los problemas que a mí me interesan respecto de las distintas corrientes historiográficas que se fueron desarrollando en el Río de la Plata, estaba sobre todo la cuestión de **cómo consideran el peso que el pasado tiene en el presente**. Sé que esto implica diversas cuestiones, si uno quiere de filosofía de la historia (qué es el pasado), hasta inclusive de metafísica (qué es el tiempo). No tengo la pretensión de abordar todo esto a pesar de que son cuestiones para mí muy interesantes, pero para este seminario, lo que me resultaba algo para pensar, vinculado con el título del trabajo, era, por un lado el público que tiene la historia, tanto en los textos específicos de los historiadores, como en las publicaciones periodísticas. Basta constatar que la revista *Todo es historia* de Félix Luna, creo que todavía sigue saliendo, y hay libros de historia, novelas históricas, artículos periodísticos de historia escritos por periodistas; crónicas, fascículos, etc. Por otra parte, también me interesaba ver cómo la transmisión de la historia tiene repercusión muy amplia en la cultura. No sólo es la escolar, sino también es oral y se difunde de maneras muy heterogéneas.

La historia

La historia, tal como la conocemos, como una disciplina, digamos, diferenciable de otras humanidades, es un producto de la modernidad. El concepto de historia 'secular' es heredero de la Ilustración en el siglo XVII: nace en el momento en que abordar el pasado más lejano empieza a parecer más sencillo que referirse al presente, y entonces, se piensa, la 'ciencia' histórica requiere siempre que el tiempo haya 'pasado' para poder referirse a él, tenerlo disponible como pasado, para poder hablar de él, como algo que ya está, de algún modo, fuera de acción.

En este sentido, entonces, el pasado, como objeto de la historia, es algo que está sujeto al acontecer de la historia, algo a lo que le van pasando cosas con el transcurrir del tiempo. El pasado histórico es algo que nace cuando comienza la historia como tal. En el nacimiento de la historia (moderna) ya está presente la intuición de que el pasado no es algo fijo, sino que es él mismo 'histórico', sometido al cambio y por lo tanto, como decía Goethe 'algo que tiene que reescribirse de vez en cuando'. La historia y su objeto, entonces, son un producto moderno porque **lo que denominamos 'conciencia histórica' es un producto de la modernidad.** La conciencia histórica es el registro de que el momento en el que se vive es distinto del pasado, se tiene la percepción de que el paso del tiempo produce modificaciones y que el presente no es igual al pasado. Ya en el siglo XIX y más en el XX muchas veces, se sospecha que cada presente incide en la consideración que se tiene del pasado, que éste es un producto de cada presente. Así, por ejemplo, los griegos no podían tener conciencia histórica porque nunca dejaron de sentirse parte de su pasado, de un pasado esencial, perfecto y eterno, en el que el más alto presente, lo divino mismo, se determinaba como 'lo que era ser' (esa expresión *to ti en einai*). Esto lo explica muy bien Hegel en la *Fenomenología del espíritu*, cuando presenta la figura de la 'bella eticidad' griega, es un momento en el que los griegos se identificaban espontáneamente con sus

leyes, sin juzgarlas, no tenían, distancia para poder pensarlas. La figura que va a romper esta identificación es Sócrates.

El pasado, como nosotros lo concebimos, como algo que ya no está siendo, es algo reciente, no tiene mucho tiempo, es producto de la secularización.

Las concepciones ilustrada y romántica

La modernidad ilustrada es el momento histórico que se piensa a sí mismo como una 'ruptura' con el pasado, en este quiebre lo distingue del presente, y en esa misma operación inventa la historia. En la medida que la modernidad es una concepción del presente como la irrupción y la bienvenida de 'lo nuevo', concibe lo actual no como una continuidad del pasado eterno sino como la ruptura con ese pasado (la tradición) del que hay que 'emanciparse'.

'Emanciparse' es una expresión ilustrada que considera al pasado como algo que debe ser superado, para eso lo convierte en objeto de la historia, es algo de lo que hay que emanciparse porque la humanidad, y cada hombre individual, dice Kant, es culpable de su 'minoría de edad', debe 'abandonar las tutelas', fundamentalmente las religiosas.

Peirce, que es un simpático lector de Kant, dice: "Nuestra idea del pasado es precisamente la idea de aquello que está absolutamente terminado, fijado, y muerto, frente al cual, el futuro está vivo, es plástico y hay que hacerlo". Sólo el impulso de la ruptura con el pasado acabado -o que se da por terminado- permite la novedad y la proyección hacia un futuro vivo. La actitud fundacional de la modernidad supone un gesto de despedida del pasado, no porque éste no importe -no dice Peirce que haya que olvidarlo, tanto más cuanto lo nombra y le asigna el adjetivo de 'hecho', de *maked-* sino porque en la medida que es pasado, ha quedado atrás, hay que desprenderse de eso, por eso la palabra 'pasado' es morfológicamente un participio pasivo, mientras que 'presente' es el participio activo del verbo. El objeto abierto de la historia, se trasmuta en objeto terminado de una despedida.

Para la ilustración, 'nuestro' tiempo es algo diferenciado de la tradición, es otro tiempo que no es el de nuestros antepasados, ni el presente estable de los mitos, sino el tiempo que nosotros 'hacemos'.

El contrapunto de esta concepción, va a ser, a fines del siglo XVIII, la historiografía de inspiración romántica. ¿Cómo concibe el pasado el romanticismo? Se busca restituir, al contrario de la ilustración, un pasado remoto, que funciona como recordado, pero que tal vez nunca tuvo lugar efectivamente, y sin embargo posee una verdad originaria, cuya pérdida padecemos trágicamente los descendientes de ese pasado y cuya ausencia sentimos como nostalgia. La tarea de la historia, una vez que se ha fijado ese momento del origen perdido, va a ser, como dije, intentar como un deber de fidelidad, restituirlo. Este pasado es un paraíso perdido, frente al cual el presente es una consecuencia desdichada de haberse 'desviado' de ese momento luminoso, que no cesa de 'caer'. La pregunta de esta retroversión romántica, es ¿qué ha pasado? Pero no simplemente como una curiosidad para comprender el pasado, sino impulsada por la constatación de un profundo malestar del presente ¿Cómo puede ser que estemos dónde estamos si veníamos tan bien? ¿Por qué no se cumplieron esas promesas fundadoras? Lo que debe hacerse es buscar a los culpables, lo que se 'desviaron', los 'traidores' etc.

Dos grandes tendencias de la historiografía

Si han quedado claras estas dos posiciones que yo al intentar presentarlas las reduje deliberadamente para acentuar las diferencias respecto de lo que es el pasado, vamos a ver cómo se caracterizan las dos grandes tendencias de la historiografía. Una es la denominada por sus detractores 'liberal' o 'línea Mayo-Caseros': es la historia que fija como comienzo de la emancipación (de España) a la revolución de Mayo: allí coloca el punto de inflexión la historiografía 'liberal'. La generación de Mayo, y la del '37 que saluda al cabildo abierto como una revolución (ambas) reciben la influencia bastante temprana de las ideas 'revolucionarias' de la Revolución Francesa de 1789. Y sobre todo de la Ilustración del siglo XVIII. Ya hubo aquí en otros años, trabajos sobre la justificación que da Moreno del cabildo abierto de 1810. Posteriormente se fijó entonces este momento de la historia argentina como un punto de inflexión respecto del pasado histórico, partiéndolo en colonial e independiente. La generación de Mayo, la del '37 y ya con más 'conciencia histórica', la del '80, van a escribir una historia de las luchas independentistas, sobre todo a través de sus héroes: Moreno, San Martín, Belgrano, etc.

La otra tendencia es el denominado 'revisiónismo histórico', que tiene varias etapas y cada una tiene distintos matices, de acuerdo en el momento en el que aparecen.

Primera etapa (inspirada en el nacionalismo monárquico de Charles Maurras)

La exploración revisionista del pasado nace aproximadamente en 1929 como un intento de ofrecer la legitimación de la historia para la crítica de la Argentina de ese presente, y esa crítica se organiza en torno a dos motivos centrales: 1° repudio a la democratización política, que ha entregado el destino del país a dirigentes que no defienden 'intereses nacionales'; 2° la denuncia del modo de inserción internacional de la Argentina posindependiente, sobre todo en el caso del vínculo con Inglaterra. Esto se concretó en lo que se denominó la 'denuncia del pacto Roca-Runciman' por Julio Irazusta en el primer ensayo importante que es **La Argentina y el imperialismo británico** de 1934, allí se sostiene que este pacto ha constituido a la Argentina en el sexto *dominium* del imperio británico, en la que gravitó una oligarquía 'antinacional' que –excepto durante el gobierno de Rosas– dominó la vida argentina por más de un siglo. Si bien para Irazusta los gobernantes eran 'patriotas bienintencionados', buscaban la construcción de la Argentina como si fuera un país nuevo, sin reconocer el legado histórico del hispanismo. Esta relación 'desigual' con Inglaterra, le habría impreso al país un rumbo de consecuencias catastróficas se hicieron evidentes luego de 1929, pero que ya habrían torcido el rumbo histórico antes de esa fecha. Para esta visión, el deber del gobernante es en primer lugar, representar los intereses nacionales, y eso no podría ser, como lo habían creído los gobernantes hasta ese momento, dejarse arrastrar por la corriente que estaba llevando al país hacia una prosperidad que nunca había alcanzado antes: Representar los intereses nacionales era navegar contra el viento de la prosperidad económica y requería una toma de conciencia de los peligros del vínculo externo sobre el cual se había construido esa prosperidad, esta 'toma de conciencia' le permitiría al país construir un progreso más sólido resguardando valores perdidos y abandonar ese vínculo.

Dice Halperín Donghi: “es difícil entender por qué esa solución, en cuyo marco la Argentina estaba superando con notable fortuna las adversidades aportadas por la crisis mundial, era considerada un insoportable escándalo, sólo explicable por la venalidad y tontería de la política y la economía nacionales”.

El pasado ‘nacional’ que los revisionistas construyen como paraíso perdido es la época de Rosas. (escribo ‘nacional’ entre comillas porque suponen que la nación es preexistente a la sociedad y está caracterizada por un conjunto de propiedades que son previas a la organización institucional, tales como la lengua, la religión, etc; concepción que yo no suscribo en absoluto). En principio creen que tiene los mismos enemigos de Rosas. Para los revisionistas de esta primera etapa los jóvenes radicales, reformistas, liberales, etc, se parecían bastante a aquellos ‘doctores’ unitarios (que eran anglófilos, francófilos, masones, laicos, independentistas y revolucionarios). La aproximación a Rosas se iba a dar aquí rápidamente. Los atractivos de su gobierno eran: la capacidad de generar un fuerte liderazgo por encima de clases, grupos, etc de la sociedad compleja que gobernaba, que los englobaba a todos sin identificarse con ninguno. Hay también un rasgo conservador que les resultaba fundamental del rosismo: resolvía los problemas planteados por la exigencia democrática a dar a la ‘plebe’ un lugar en el sistema político, pero sin otorgarles ningún influjo real en las decisiones del poder. Van a admirar en el rosismo una solución política que sea capaz de mediatizar no sólo a ‘la plebe’, sino también a las elites. Admiraban la propaganda de agitación xenófoba, respecto del sostenimiento de los bloqueos, uno de los cuales era inglés, y, por otra parte, la influencia de Inglaterra en la vida argentina era obviamente más importante que en el pasado rosista. Opera la identificación Argentina/hispanidad/ catolicismo. Se elabora, entonces un integrismo católico que es visto, alrededor del ‘30 como la única posibilidad de unificación para una sociedad que se vislumbra en vías de ‘degeneración’, sobre todo porque se ha alejado de su raíz, España, la Madre Patria y se ha ‘entregado’, como antes culturalmente a Francia, ahora a la rubia Albión. La ‘historia liberal’ ha ‘tergiversado la noción de patria, asimilándola a la humanidad ‘civilizada’. Si esta operación no se hubiera llevado a cabo, Sarmiento no hubiera podido nunca ser presentado como un prócer. Representan este nacionalismo católico los hermanos Irazusta, Ibarguren, Manuel Gálvez, etc. Por otra parte, el nacionalismo católico más recalcitrante va a usar como argumentos contra el liberalismo a las encíclicas papales. Alfredo Palacios escribió un libro llamado *La justicia social* en el que critica el revisionismo, pero al mismo tiempo, reivindica algunas cuestiones que Sarmiento no considera adecuadamente en el *Facundo*. En la revista católica *Presencia* se lo impugna porque no es ‘ni historiador, ni filólogo, ni especialista, ni integracionista histórico, sino un confeso y público masón, cultor de la historia oficial y defensor de su galería de próceres’.

Lo que más me asombró a mí que no conocía los textos de los historiadores revisionistas, es la evaluación que hacen de la Revolución de Mayo. Para el revisionismo nacionalista, lo que yo, y supongo que muchos de Uds., consideramos de Mayo era el comienzo de la independencia de España, esta visión **es para el revisionismo el producto de los ‘vencedores de Caseros’** que no ven el *continuum* con la hispanidad, sino una ruptura y comienzo de algo nuevo, lo que se reanuda después de Caseros, llevando a cabo una

organización nacional con una constitución parecida a la de EEUU. Efectivamente la fijación del punto de inflexión en Mayo y la reanudación de la emancipación del rosismo en Caseros es de la historia que escribe la generación del '80.

Para la versión revisionista, es Rosas el que interpreta correctamente el cabildo abierto de mayo con las llamadas fiestas Mayas. Hay un trabajo muy interesante sobre este tema en la revista *Entrepasados*. Allí se comentan las actas de los actos de conmemoración de mayo, estos festejos consistían en una procesión en la que se llevaban retratos de Rosas en procesión por las distintas iglesias, como si fuera una celebración católica. El acto culminaba en la plaza con la quema de muñecos que representaban a políticos unitarios. El culto religioso a la persona es muy importante porque se va a convertir en una figura sacralizada, con la liturgia y la imagería de un santo. Por ejemplo Rosas tiene estampitas, recordemos la letra de la *Mazorquera de Monserrat*, que besa la estampa de Rosas que guardaba en su pecho. El sentido que Rosas le adjudica es una continuidad con la tradición hispánica, con la madre Patria, sosteniendo sobre todo el legado fundamental de España: el catolicismo. Posteriormente, 'los vencedores de Caseros' desvirtuaron esa cuestión y convirtieron ese hecho en una revolución, de acuerdo a un significado foráneo, como sería el de Francia, emancipatorio de aquello que debe seguir formando parte de la propia tradición.

La otra cuestión de Rosas, que es vista como un mérito, es el rechazo que manifiesta por la práctica política de la 'deliberación'. En 1829 sus seguidores plantean en la Sala de representantes la necesidad de otorgarle **facultades 'extraordinarias'**, anulando la división de poderes. Para justificar esta propuesta se apeló a la imagen de Rosas como un 'baqueano que sólo él conoce un itinerario político' en un estado de excepcionalidad por un lado, y al mismo tiempo, también se apeló a sostener la figura célebre del Restaurador de las leyes. Las voces disidentes discuten eso y un diputado federal (los unitarios ya estaban a esa altura muertos o exiliados) pregunta: ¿Como alguien que viene a restaurar la ley puede pretender gobernar 'por encima de toda ley'? Ahí aparece el argumento más fuerte en contra de todo tipo de deliberación: 'la tranquilidad pública está por encima de las garantías individuales', describiendo un 'orden interno' amenazado por los más graves peligros entre los cuales figuraba un plan de reconquista española. Esto le cabe a la práctica deliberativa no sólo respecto de la división de los poderes del Estado sino también a la libertad de prensa y la representación política. Hay entonces un proyecto que declara "libelos infamatorios y ofensivos de la moral y decencia pública" a todos los impresos aparecidos desde el 1° de diciembre de 1828, es decir, de aplicación retroactiva que hubieran contenido 'expresiones agraviantes' hacia Rosas o Dorrego.

El desprecio por la deliberación es una actitud de la cultura argentina de 'larga duración'. En general se la considera 'en público' como un valor y entre los amigos del bar como algo simplemente 'para la gilada'.

Segunda etapa revisionista:

Continúa de manera atenuada la vindicación nacionalista. Siente simpatía, disfrazada de neutralidad, con el Eje, en la segunda guerra. Scalabrini Ortiz escribe en 1940 *La historia de los ferrocarriles argentinos y La política británica en el Río de la Plata*. Como este pensamiento es más difundido, sabemos que allí se denuncia el diagrama de los ferrocarriles que hacen radio desde Buenos Aires, exclusivamente para servir de transporte a las materias primas exportadas a Gran Bretaña. Efectivamente, cuando Mitre inauguró la

estación del ferrocarril del Sud, dice que queda sellado 'el fecundo consorcio del capital inglés y del comercio argentino' Es el que ahora se llama Roca.

En 1947 Perón nacionaliza los ferrocarriles británicos que era una de las reivindicaciones nacionalistas más importantes del peronismo, en lo que fue para Scalabrini 'el día más feliz de mi vida'. Pero, por suerte, Perón, que estuvo sensato, para bautizarlos recurrió al panteón liberal, denostado persistentemente por los revisionistas, y los llamó: Roca, Sarmiento, Belgrano, Urquiza, Mitre, que se completaba con San Martín, ya que Perón mismo le había dado su nombre a la estación del Sud, que era en ese momento la más importante de Buenos Aires. Digo que estuvo sensato porque son los que querían que hubiera ferrocarriles, no los iba a denominar Felipe Varela o Chacho Peñaloza.

Antiintelectualismo populista de Jauretche

Hacia 1960, debido los movimientos revolucionarios de latinoamérica y fundamentalmente al impacto de la revolución cubana de 1959, aparece el revisionismo de izquierda que, en el caso de la Argentina, está casi obligado a enfrentarse con el problema de que el 'pueblo' es peronista. Va a acentuar el punto de vista clasista y economicista y el revisionismo peronista recurre, una vez más, al antiintelectualismo, un viejo recurso de disfraz político, enmascarado de inocencia, intentando creer en la bondad y sabiduría intrínsecas del famoso 'pueblo', privilegiando la práctica, contra el saber libresco, y al hombre 'de acción' contra el contemplativo. Un recurso demagógico. El de los sesenta es un intelectualismo muy duro porque proviene de los intelectuales 'populizados' por el peronismo.

*Tercera etapa o 'neorrevisionismo revolucionario' fines de los 60 -70. Participan de esta vuelta de tuerca Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puigross, Milcíades Peña. El historiador Fernando Devoto la llama 'historiografía militante'. Su aporte es más pobre que el de los períodos anteriores. Es un mix del marxismo de esos años y el peronismo 'de izquierda'. El motor de la historia es la ideología, los protagonistas de la historia toman sus decisiones casi mecánicamente de acuerdo a la ideología que profesan. Es un híbrido de revisionismo nacionalista y marxismo *sui generis*. Se la llama también de desmitificación de la 'historia oficial'. Caracterización de la historiografía 'liberal' como cipaya*

En esta etapa aparece el historiador 'publicista', para Halperín Donghi, es alguien que aunque hubiera deseado comprender el pasado, se entrega a una actividad místico poética. Así para Eduardo Astesano, en *Martín Fierro y la justicia social*, de 1963, Facundo Quiroga es el líder de la clase obrera argentina, una interpretación que el mismo autor sabe que es falsa históricamente (pero eficaz políticamente). Creo que, respecto de esto, hay historiadores que asumen la historia 'militante', pero hay otros que la venden por historia a secas y hay otros que no tienen motivaciones políticas en el mismo sentido que los militantes, que intervienen con aportes. Yo creo que José E. Burucúa, o Halperín Donghi no tienen motivaciones 'políticas', o , por lo menos **no** en el mismo sentido que Astesano. Yo creo que está el historiador que tiene en cuenta esa cuestión y es cuidadoso, y el que cree que como ya se conocen las derivaciones políticas que tiene la historia, entonces eso lo autoriza a 'vender' historia para legitimar una toma de posición política, cree que como eso es inevitable, está autorizado. Y aparecen esas hamburguesas como Felipe Pigna o Pacho O'Donnell, pasados de moda respecto de la forma de hacer historia contemporánea y que

cometen todo tipo de anacronismos. Si uno lee a Paul Veyne, o a Braudel, o a Foucault o a Halperín o a Burucúa, o a Chartier, se da cuenta de esto.

Otro uso horrible de la historia es que se hace para legitimar una posición política respecto de una línea reivindicativa de alguna 'víctima' del pasado: se recurre entonces a las figuras conocidas: los indios (ahora 'pueblos originarios'), los que fueron expoliados, los postergados, oprimidos, explotados, silenciados, exterminados, etc. Que se remonta a un pasado que se repite sin modificaciones en el presente, esos grupos son 'siempre los mismos'. Es un uso 'solemne' de la historia, que es culpógeno y extorsivo respecto del que no comparte esa visión de la historia, es una insensible o un desalmado.

Otro uso tramposo de la historia es para **sentimentalizar la política**. Es una degradación del motivo sentimental romántico hacia la 'tíeya', las 'yaíces', el saber popular, etc. La producción de sentimientos como uno de los objetivos del gobierno, típica del populismo. Recordaba lo que dijo Horacio Cacciabue el otro día: con Rosas comienza la propaganda política, antes mencioné la manera como Rosas celebra las fiestas mayas, y creo que en este sentido el revisionismo advierte una forma original de la fijación de lo que se considera 'histórico' que es la mostración o producción en el sentido artístico de ciertos sentimientos que se usan para gobernar: uno que me parece clave es lo que se hace con los muertos, cómo se llora a los muertos, como se 'repatrian los restos'. El caso más extraño es San Martín, que era masón y está 'descansando' en la catedral, en un lugar con su propia cúpula, con un ojo en la cúpula. Y ya sabemos otros casos más cercanos, botines de guerra de las políticas necrófilas. En la cultura neorrevisionista revolucionaria ya hay cantantes, canciones, cine, la imaginería que muestra cómo se hace política, 'luchiaaaaando', 'marchiaaaaando', cómo se fija la creencia de que haciendo eso **siempre** se está haciendo algo que tiene efectos políticos, Es una liturgia diría yo, no con la que se hace política, sino que reemplaza a la política. Es el uso *nac and pop* de la historia, que actualmente padecemos con acting, puesta en escena, etc

Cómo se hace historia hoy

A mí ya no me gusta la historia del continuo, donde siempre está pasando lo mismo, me gusta el historiador que busca la discontinuidad, que ve la diferencia, aún en algo que se repite, siempre vuelve de otro modo y hay cosas que, indefectiblemente cesan, que dejan de existir, por ejemplo, la máquina de escribir mecánica. Y hay cosas nuevas, inéditas.

Los historiadores actuales, en general, reconocen que el tiempo histórico no es homogéneo, ya que hay cuestiones u objetos de larga duración, de corta duración, y ya casi no se hacen 'historias globales' sino 'de la política', de las vías del tren, de las migraciones, de las monedas, cada una de estas cuestiones se inscribe en series temporales distintas, el tiempo histórico no es más lineal, sino 'hojaldrado', tiene capas, 'sentidos' de distinta duración y también de distinta intensidad. Hay un tiempo específico para las ideas, para la economía, hay secuencias seriadas en las que el historiador conjetura relaciones muy imaginativas. Me parece que ese es el momento más inventivo del historiador cuando diagrama relaciones impensadas.

Me parece que el historiador no debe cometer anacronismos. No debe reconstruir el pasado con categorías del presente y quitarle su riqueza, su especificidad, le debe quitar al lector la complacencia del re-conocimiento.

Bibliografía:

Caponneto, A, *Los críticos del revisionismo histórico*, Tomos I y II, Buenos Aires, Instituto Bibliográfico “Antonio Zinny”, 2006.

Cruz, M, *Hacia donde va el pasado*, Barcelona, Paidós, 2002

Halperin Donghi, T., *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005
-----, *Ensayos sobre historiografía argentina*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1997.

Potte-Bonneville, M., *Michel Foucault, la inquietud de la historia*, Buenos Aires, Manantial 2007.